

Poemas reunidos

Luis Benítez

Buenos Aires, Argentina, 2005.

Biblioteca de *La Sombra*, 3

© Del texto: Luis Benítez.

© Del prólogo: Elizabeth Auster.

Edición: *La sombra del membrillo*
www.lasombradelmembrillo.com
C/Arquitectos, 39, 28903
Getafe (España)

ÍNDICE

| | |
|---|-----------|
| A puntes sobre la poesía de Luis Benítez | página 5 |
| A modo de introducción a mi poesía | página 9 |
| Poemas reunidos | página 11 |
| Las cajas chinas | |
| Instantes | |
| Violado el día, hundido en otro | |
| Esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos | |
| La nadadora | |
| Ella de mi imaginación | |

APUNTES SOBRE LA POESÍA DE LUIS BENÍTEZ

El poeta Luis Benítez nació en Buenos Aires el 10 de noviembre de 1956. Su obra corresponde a la llamada generación argentina de 1980, caracterizada por la diversidad de elementos poéticos y extrapoéticos que intervienen en sus obras. Esta generación se propuso, por una parte, abolir las influencias inmediatas de autores como Pablo Neruda, César Vallejo y otros, características de la generación anterior, para abrirse a un amplio campo de posibilidades, que incluye los aportes de la poesía anglosajona. Las búsquedas extrapoéticas de esta generación se aprecian en las referencias a sistemas de ideas provenientes de lo filosófico, lo político, inclusive lo histórico.

Una referencia temprana a esta diversidad en la que se inserta generacionalmente Benítez se encuentra en el artículo *La poesía argentina de hoy*. Editado por una publicación de la Université de París en 1988 (1), el artículo es el primero, hasta donde se tenga noticia, que encaró el estudio de la generación de 1980 argentina, dividiéndola en distintas tendencias. Según el criterio de los articulistas, Benítez integra la corriente definida como metafísica.

La poesía de Benítez abarca, hasta hoy, siete poemarios, desde *Poemas de la tierra y la memoria*, publicado en Buenos Aires por la editorial Stephen and Bloom, en 1980, hasta la última entrega del autor, *La yegua de la noche*, editada en Santiago de Chile por Ediciones del Castillo, en 2001. En medio de los citados, la obra de Benítez reúne los siguientes títulos: *Mitologías/ La balada de la Mujer Perdida* (Ed. Ultimo Reino, Bs. As., 1983), *Behering y otros poemas* (1ra. ed., Ed. Filofalsía, Bs. As., 1985; 2da. Ed. Cuadernos del Zopilote, México D.F., 1993); *Guerras, Epitafios y Conversaciones* (Ed. Satura, Bs. As., 1989), *Fractal* (Ed. Correo Latino, Bs. As., 1992), *El Pasado y las Vísperas* (Ed. de la Universidad de los Andes, Venezuela, 1995). En 1996 se editó en los Estados Unidos *Selected Poems*, una breve antología que recoge,

en versión al inglés, elegida y traducida por Verónica Miranda, una selección de los textos publicados hasta entonces.

Señalaré aquí los aspectos sobresalientes de la poética de Benítez, que fueron ya estudiados en los trabajos críticos dedicados a su obra (2, 3, 4, 5).

En el volumen inicial de la obra de Luis Benítez, *Poemas de la tierra y la memoria*, se advierten los gérmenes de los tópicos que desarrollaría en títulos posteriores. La muerte, la vida impredecible, el amor, la sensación de la historia como un cruce permanente sólo a veces advertido por el individuo como el meollo mismo de su existencia y en otras ocasiones difuminado entre fantasmas de la misma representación, se aprecian en este primer volumen, marcadamente influido por el poeta galés Dylan Thomas, como el mismo Benítez admite en el tomo II de las *Conversaciones* (3). Sin embargo, Benítez todavía está distante del manejo de recursos estilísticos que mostrará en trabajos posteriores, donde se hará más evidente el empleo de una continua elusión, como el mejor camino para lograr un efecto de alusión fantasmática, donde le queda al lector el trabajo de completar una "línea insinuada por puntos conceptuales", que dibujará la imagen final de lo referido por el poema. Benítez recurrirá constantemente a la elusión para llegar al imaginario del lector. Sin embargo, no es la suya una poesía hermética, que deje afuera a quien la lee ni le obligue a estar dotado de unos conocimientos previos especializados, para acceder finalmente a las claves de su poesía.

Aunque las referencias culturales están bien marcadas, particularmente a partir del segundo volumen de poesía, *Mitologías/La Balada de la Mujer Perdida*, el vehículo preferido por el autor es el sentimiento, la emoción subrayada y abierta a la interpretación personal, por parte del lector, de lo inscripto en su poesía. Esta guía continua a través de la sensibilidad es otra constante de la poesía del autor: poesía para ser sentida, que tiende a tocar las zonas sensibles del lector, antes que abordada desde las ideas puras o la referencia cultural.

La poesía de Benítez incluye a quien lo lee como una suerte de coautor de los poemas. No demarca un territorio: establece un rumbo probable para la lectura, que el lector completará de acuerdo a su sensibilidad; una polisemia, algo que abre el juego a las distintas voces posibles, en vez de cerrarlo en una sola. Este juego

verbal, que parece tan complejo y que Benítez resuelve tan fácilmente -aunque se percibe en su obra un paulatino aprendizaje, principalmente desde *Behering y otros poemas* en adelante- conduce a una falta progresiva del sujeto narrante, ya que el poeta se despoja en la madurez inicial de su obra, a partir de *Fractal*, de 1992, aun de la voz conducente de lo aparentemente referido por sus textos: a partir de *Fractal*, el poeta parece lograr una suerte de “invisibilidad autoral”: el texto se ocupa del “guión” de la lectura, mientras el lector, cómplice de la ilusión creada por Benítez, se convierte en autor de los textos.

Esta tendencia del autor a una despersonalización, en favor del libre juego del lector dentro de su obra, es más clara en las obras posteriores, más formalmente en las inéditas, donde se acrecienta, como si se tratara de unas corriente estilística predominante en el futuro poético de Luis Benítez.

Un *quién sabe* que no deja de tentar a quienes leemos sus obras.

Elizabeth Auster,

Buenos Aires, octubre de 2005

NOTAS

(1) *Revista Río de la Plata*, firmado por Abel Robino y Bernardo Schiavetta, Ed. del Centro de Estudios de Literaturas y Civilizaciones del Río de la Plata (CELCIRF), Université de Paris, Francia, 1988.

(2) *Sobre las poesías de Luis Benítez*, de Carlos Elliff (ensayo, Ed. Metáfora, Bs. As., 1991).

(3) *Conversaciones con el poeta Luis Benítez*, de Alejandro Elissagaray y Pamela Nader (Tomo I, Ed. Nueva Generación, Bs. As., 1995).

(4) *Conversaciones con el poeta Luis Benítez*, de Alejandro Elissagaray (Tomo II, Ed. Nueva Generación, Bs. As., 1997).

(5) *Antología* (selección y ensayo preliminar de Alejandro Elissagaray, Ed. Nueva Generación, Bs. As. 2001).

A MODO DE INTRODUCCIÓN A MI POESÍA

Creo que la poesía es el fracaso del lenguaje, porque su cometido principal es llevarlo al límite mismo de su capacidad de expresión, refiriéndose, paradójicamente, a territorios que están más allá de lo que puede nombrar.

Le queda al lenguaje (así forzado a ir más allá de sí mismo), entonces, su reducida posibilidad de aludir o mejor, de eludir para así aludir, siendo entonces esa capacidad de alusión, incorporada por la poesía al lenguaje -esa violación que perpetra ella- el terreno verdadero del poema. Sólo allí, en esa virtualidad, puede aparecer por un momento el fantasma de lo aludido, del cual el poema sería apenas una huella, un rastro, una marca, una señal a veces, generalmente apenas un signo poderoso.

Como todas las eficientes llamadas de atención a la sensibilidad de otro, tiene la fortuna ésta de poder ser abundantemente tergiversada, reinterpretada: creo que ésa es la potencial riqueza de un poema auténtico, su capacidad de generar abundante polisemia. Creo que todo poema debe ser, para ser tal, un poema-río: un padre de otros poemas, un engendrador que desata en la sensibilidad del lector -poeta o no, eso al poema no le importa ni mucho ni pocos disfraces y las máscaras de sí mismo, todos a la vez, en el más feliz de los casos. Y creo que siempre el más feliz de los casos es el blanco certero de la poesía, que clava en él su flecha porque quiere siempre y porque puede a veces.

Luis Benítez

POEMAS REUNIDOS

LAS CAJAS CHINAS

Siempre detrás de los descensos
con su amigo el minuto amarillento,
el sabor de todo lo ido vuelve a inducir
nuestra aspiración vocal, nuestra manera
despojada de vida, allí donde nos vemos

todavía cálidos. Vana solidez donde fundar,
funda el ser y aferra lo que ha sido.

No me he sentido nunca.
Apenas, en la plenitud de un vidrio
o una pupila -reflejo yo mismo de lo reflejado-
vi a un hombre en su monótono diálogo
asegurarse de otras imágenes
que reducían al rótulo de lo cierto
la certeza palpable de su alrededor.

Una miga de pan era más trascendente
y el temblor de una gota de agua
antes de su suicidio desde un techo
eran mayores que el canto de los órganos,
el fluir secreto de la sangre, la cerrada

nebulosidad de la cabeza,
la paupérrima certeza de la propia sombra.

Somos esa inconsistencia donde vacuo
y falso es todo, hasta la médula misma
de nuestro intenso deseo de durar.

Pero fuera todo persiste:
lejos de nuestros bordes.
La memoria es todavía más tenue,
porque sólo refleja imágenes,
aguas del presente que acarrear
apenas aguas del pasado.
Infieles aguas, en su onda estancadas.

Estamos todos solos en el centro de la tierra
que ni siquiera, sabemos, se está quieta algún rato.
Rueda y su rueca hilvana en sus manos de vieja
los ovillos del año. Han bajado millones de ovillos
hasta el regazo de la vieja.
Desde el primer estupor del simio
hasta el despertar de Newton
-una sección de trama, su tamaño apenas
el minúsculo dibujo de un tejido-

en lo negro del bolsillo se apelonan
los días más importantes: esos menudos y propios.

Injusta criatura dotada de acuerdos y de teologías,
idéntica a sus sueños, que se consume o espera,
y que aparece o desaparece del tiempo mortecino.

Por todas partes corren ríos turbulentos
pero ella no los contempla.

La fascina el zumbido de su límite
(cuando alcanza a verlo)
o los residuos que lleva consigo
desde que salió del mar, infinitamente irritada
por tener que seguir perfeccionando el camino de los peces.

¿Pero esa más trascendente insensatez,
eso que está en todas partes, de la que
quizá no seamos otra cosa que un reflejo,
como el pedazo de un espejo a la orilla
de un paisaje refleja lo que puede,
con su único ojo diminuto?

Sí, era su forma de estar, la de eso disperso,
donde se configuraba la abrumadura derrota
de todo lo reunido en mí.

Y detrás de las paredes, más allá de los campos,
fuera de la mensura de cualquier distancia,
se imponía la inmensa sonrisa de esa cosa multiplicada
en sus seres y sus inanimaciones: más aún,
se imponía sin sus frágiles, efímeras identidades.
Vuelto evidente en sus formas y colores,
sus volúmenes y fondos, se levantaba más y más ante mí,
que apenas alcanzaba el solitario nicho de lo condensado
en dos brazos, dos piernas y dos manos,
y me derrotaba riendo su victorioso reino
de lo siempre sin número:
era el caracol y la hierba curvada bajo el peso
de esa cáscara viva y era la tierra
y los granos de la tierra
y el subsuelo infinito.

También era en el aire.
En su plenitud de moléculas que iban y venían,
incluso lo respiraba yo y me constituía,
y la mente saltaba y se fragmentaba
hundiéndose en el caos de mirar hacia arriba
y verlo más allá de las esferas, siempre él,
siempre atravesándolo la imaginación que lo ve.
viajando en el vacío colmado de su presencia.

Nunca fue un dios: los refinamientos de la superstición
y aún ella pura, en su urdimbre más torpe,
no alcanza a rodearlo, siquiera a inferir
lo que una hormiga ignora asomada a una mesa,
si la estancia donde está la mesa
y aun *todo lo exterior a la estancia*
pudieran representarlo.

Y tenía que ser yo quien repitiera la intuición,
en mi reducida vida efímera quien volviera a la pregunta,
el brillo del motivo, el levantar la trama para ver el otro lado,
yo que soy menos que el sonido de esa pobre palabra
que en dos letras indefensas me separa de él,
quien adivinara la muesca en la mesa tendida
de un tiempo más grande, en un sitio más grande,
que a su vez tiene el equivalente de esto donde escribo los versos,
en un otro mayor. Alguna vez vi un rayo de sol
entrando en la oscura habitación, reflejado
innúmeras veces en una manga de polvo
que llegaba hasta el piso:
cada mota de polvo era metáfora de un mundo
creado y destruido una vez fuera de la faja de luz.

INSTANTES

I

Para que nadie lo recordara y la nada sobrepasara la noche
yo me tapaba los oídos y me sellaba los párpados
y me encerraba en la flor de papel blanco y negro:
la memoria emperrada en su sangre difunta
volvía una y otra vez del desaguar a la fuente.
Ya que no busco ahora encuentro el corazón del secreto:
la bruma entera es el centro y su perímetro el núcleo.
Entero me mantiene lo que antes hacía que temblara.

II

Estuve a un paso de ser la esencia
si no su complicidad
al menos el piso de su noche
erguido como una cobra
pero siempre la ausencia está conmigo
allí donde nos espera algo muerto y deshecho.
Yo puse el corazón de luto
pese al campo arbolado.
Di un paso en el espejo

y mi trofeo fueron fuentes de palabras escritas:
me excedo en ese otro
en ése que se piensa
y que en su atroz mañana
apenas oye voces ladridos casi humanos.
El futuro es el futuro de la hidra
la misma hidra informe que está hecha
de cabezas y llamas como el día de mañana
con breves eternidades que aprenden a vivir
y pasadas eternidades que hacen de nosotros
los hijos del instinto
las ráfagas de los verbos
la música secreta que huye
hecha de de valentía y de suicidio.
Allí donde exactamente
alguien todavía espera ver su cara ardiendo en la ventana
otro comedido le dice que su todo fue lo que ha partido.

III

un día es el tiempo que le demora a las horas encontrarse
en esa casa de cuadrantes antiguos
de repetidos fetiches que nunca entenderemos
una casa embrujada que descubrimos solitarios

mientras los gallos cercan el crepúsculo
donde tenemos parte. Si los pasos de la noche
decoran sus cortinados incendiados no lloremos
el destierro que emerge del calor de otra luz
pues las maliciosas habitaciones conocen desde antes
la fuga del deseo de sus camas ardientes
y se saben de memoria que violamos en sus sótanos
esos mismos demonios que juramos matar. Hay un secreto
en las paredes mordidas hay un duelo que es nuestro
en la mofa callada del jardín destrozado y en su mueca
de cráter la veleta que grita sobre el techo-fantasma
nos recuerda otro nombre que juramos no ser.

IV

Mientras todo se convierte en la nada brillante
las cosas nadan solas en su paraíso de olores
de tactos y de sonidos
por corredores van del desatino a la avenida
donde de pronto son plenas.
No alcanza a distinguir las antes el pobre faro de nada:
esa piedra vertical y boba que es cuanto nos precede
tiene un solo ojo ciego
el mismo que por décadas creyó guiar las naves

por los amplios canales extravía su casa.
Una hoguera que tiene muy pocas cosas que llorar
le perfora la frente y por su otro lado
lo traslada a otra niebla
que se pierde como un viajero ilustre
como un alguien guardado.
Apenas distancia y huesos
contiene en su cementerio el mar.

V

Tan sólo como un destello que huye
el exilio, la soledad y la serenidad
se unieron para intentar la paz
sellados por sus bordes
y supe que el rostro de ellos
el fuego de la saciedad apenas aunará.
El peso del deseo escribe a direcciones
más simples todavía que el verano
y mi imaginación del suceso piensa en su familia:
la arena que simboliza la eternidad de la muerte
una figura arrancada del eterno colmo
que la engendra.

VI

Existen momentos en que la palabra
no está en ninguna parte.
Pero todos sabemos con cuanta desesperación
trata de aferrar su hilacha de vida
como una cara repentinamente aparecida en la nieve
por ese camino abandonado y agrio esperábamos antes
con la misma obstinación que su carne acostaran
los días más amargos las penúltimas guías.

Vamos por las calles como un pájaro roto
entre las avenidas de sus últimas vidas
luchando con las horas como si fueran días
justificamos el hecho de que es mejor dormir tranquilos
que morder el metal de ese último exvoto:

haber sido lacre del sepulcro de un cuerpo
por la propia voluntad de su alma ensobrada
y ahora que el amor se ha vestido de hojaldre
el dolor viene
el dolor en la sombra
de otro cuerpo que habla.

VII

Las manos próximas a los usos del corazón,
cercanas a cuanto escribo ideando
después de haberme ido del peso de esa tierra
donde brota la luz
trasgredido el apoyo de ese instante
en que se anima a caminar lo que parte el vacío
en el andén donde el ferrocarril de lo imaginario
llega a la estación de los seres reales
de las calles reales de las muertes reales
de las vejaciones reales
de las reales zancadillas a las esperanzas reales y lejos
sin embargo de las reales ansias de las saciedades reales
de las reales vías del Esplendor Real.

VIOLADO EL DIA, HUNDIDO EN OTRO**I**

Cuando el niño, en la duermevela de su edad, yo era,
un corazón de roble repiqueteaba como un tren
en el camino de hierro de las horas; ardía feroz
como la leña y el marinero invisible que habitaba
las esquinas de mi cuarto me guiñaba los ojos.
De verde, no de rojo óxido me corría la sangre en las arterias
y en el trueno del minuto sonreía sin náuseas.
Era la estatura y el signo y el instante y el norte,
un sur de furia en el trozo de tierra que estrujaba mi mano:
yo vi mi ardiente corazón lanzarse del reloj
de la casa al centro de mi camisa cada vez
que cruzaba una puerta y en las maneras del aire
ondear la sonrisa y el tizne de mis horas.
Fui incabable como el girar de un archivo
que encerrara todos los pasos de antaño:
el mismo y uno se repartían mi sombra
y no tenía término en mí nada ni nadie,
sino que continuaba a través de mí,
caudal-desastre de su dibujo inconcluso.
Sumiso al viento que declamaban las cosas

iba dormido y despierto en un toro desnudo
y me vestía la rabia de todo lo diminuto
y me arrancaba la ropa impreciso lo inmenso.
En un girar de asnos que empujaban la noche
cada noche tenía para mí mediodía
y veía en un punto que insólito aparecía
el reclamo en su centro: comúnmente el crepúsculo.
¿Quién, en el milagro, se pregunta sus límites?
Yo fui tan cierto como la ignorancia del miedo
y en mí brotaba ardiendo la certeza en su lava.

II

De lo que existe riente más allá de donde
no llegará jamás el esplendor de una metáfora
estaba hecho cada segundo mío y mi caída,
en la gloria del signo que persigue a Orión en las alturas
fue la ambición (ya pimpollo de la mente,
brote de la maldición del despertar del ciego
en la carne del vidente; desgracia de tocar
lo vivo que por ello ya está muerto,
en la benefactora, protectora oscuridad, y encender la lámpara
que arranca las cuencas para siempre, un impulso,
tan ciego como el atrás y de la misma fuerza hecho)
fue el deseo armado del anzuelo del día,

una promesa falsa sospechada en el gris de la carne
y el anticipo de su ocaso en un pozo.
Riente el fantasma esfumó el garfio de su mano
y mostró el blanco de cuanto insospechadamente,
sin saberlo yo amaba,
para decir en todas las lenguas el veneno del siglo,
y besar en un nombre la fornida propuesta:
“a ti debida está y de forma parecida, condensada
en un nombre mil veces la manera de tus horas sin precio:
yo puedo encender para ti aun más rojas las horas
y en el solo esplendor de un minuto, si me sigues,
verás palidecer cuanto fuiste hasta ahora”.

Que mi infancia y la infancia de lo que nombra mi mente
se arrugue como un verso en el fuego y muéstrame,
fantasma, ese otro seguro cuya sombra ya bebe
la tierra entera en su mar. Quiero ser el viajero
que en la ruta de sangre comprendió que está solo
y tirita en sus vueltas despojado de todo. Que ya, espectro
del porvenir, no me alcancen los minutos de oro
en mi inocencia salvaje, que no sean mías de nuevo
ni la redonda noche ni el poblado día; insatisfecho
de esta antes perfecta simetría me devore el deseo
de ser tan incompleto como el mapa de un mundo
para siempre rasgado. Renuncio a mi unidad,

a la perfecta materia de mis huesos en la carne ensamblados,
que ya no baste mi sombra para hundir la cabeza en el polvo
ignorante y contento. Que no conozca más sosiego sin lo otro.
Que no pueda contemplar lo entero sin su réplica.
Renuncio, renuncio pero dame algo igual a la fuerza que dejo.
“Antes de ver el hierro en mi mano
serás una y mil veces todos los hombres,
forzado en mi garfio gritarás de terror
y la bolsa del porqué será tu ahogo
y la esponja en tu costado de la misma
materia del signo que sofoca tu aliento.
Tú que abandonas ligero la segura manera
que de todos modos no puede ir más allá
en su elemento,
eliges la desenfrenada furia del amor,
porque ya sabes que nada hay ni igual habrá
al cielo, al abismo que abandonas. No es elección
torcer así las horas, sino la amarga gana
de continuar en la sangre y el nervio
la furia que se aleja”.
Entonces dije: fantasma, sé mi otredad.
Y el fantasma sumiso se fundió en mi costado.

ESA, LA QUE ME SIENTA A LA MESA DE MIS ENEMIGOS

Esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos,
en su mundo donde la esfera se mezcla con el triángulo,
donde nadie es quien es sino que comparte naturalezas,
es dedo de otra mano o cabello de otro,
esa sería inentendible o ruin o sería
quizá reputada monstruo entre las gentes
que con el índice tembloroso señalan cuanto tiene
diferencias con su espejo.

Esa me sienta a la mesa de mis enemigos
y en un coro de perros mi nombre es otro,
yo no me reconozco en ese sonido de sus gargantas de hueso.

Esa no es que no entiende, es que ella misma es doble
y de se condición de animal duplicado que cae
interminablemente en su cabeza del útero a donde respiramos
quienes la conocemos, viene su ojo que no es que no ve
el límite, sino que ve la mano que entra en la mesa,
el pie que se sume en el suelo, la indiferenciación
de los días y las noches. Su ojo izquierdo es también el derecho.

Cuando pienso en lo que hará con la duplicación de mis fantasmas,
cuando naturalmente sea para ella igual lo dicho y lo no hecho,
y justificada sea la aberrante aventura en nombre de otra Biblia,

cuando el horror de la memoria desenrolle
su lengua de fuego en la página de las sienas
y la marea devuelva muertos que saludarán mansamente,
muertos que servirán la ensalada en la mesa de mis enemigos,
zombies perdidos dentro de la película de su misma adorada
idiotez,
el film que los salva de ver que son
colores proyectados en lo blanco de un muro,
cuando esa suma de rostros aparezca en la ventana
pidiéndole a los vivos la clave para entrar,
oh vida, que yo no sea la venganza de llamar a los míos,
y que sobre todo la perra entre las perras no redima sus huesos,
que de nadie la sangre vuelva a circular por los vasos perdidos,
que nadie se levante, oh vida, de ese campo nocturno que no te
pertenece
y que se difumine la realidad y en un pliegue del aire viva yo
lejos del horror de una hora que por dos veces fue maldita.
Porque inmune a la palabra mil veces repetida
y a los actos feroces esa,
la que me sienta a la mesa de mis enemigos,
ya no sabrá, si yo la siento a mis propias mesas de esqueletos,
dónde está la tierra y dónde empieza el aire,
qué divide lo castaño del horizonte de lo azul del horizonte
y su alma diferente volará lejos de sí misma

y yo me quedaré solo en esa casa donde bramaron caballos
ante la mesa tendida y entre las penumbras de los cuartos
y ella se irá con los muertos, todavía una gota de luz
entre las sombras podridas de esos infelices,
que veré por la puerta entreabierta alejarse cantando
himnos a los demonios interiores, baladas a nuestra señora de la
histeria,
oratorios dedicados al interior niño horroroso,
al engendro de ojos rojos y colmillos de perro,
que asistirá encantado a una nueva victoria.
Y si esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos,
guarda bajo llave en una de sus cajas ojos de difunto,
caras arrancadas a la carne y depositadas unas sobre otras
(porque son la misma) en el fondo de terciopelo agusanado,
dame oh vida fuerzas para resistir la tentación del hacha
que paciente espera por mí en un rincón de mi alma,
segura de sí misma y de su filo. Que yo no sea
el que grita mientras su mundo se consume en llamas,
pero tampoco, oh vida, la réplica de uno de esos asustados
que, temblando por no perder la ilusión que se proyecta
cada día en todas las paredes de la casa, asiente y figura
contando con sus dedos sus razones torcidas,
que lo correcto es la sarna de las horas,
que más vale un puñado de plumas que el ángel entero

o que se puede encubrir con diez números las galas del funeral.
Que no sea el borracho cubierto de excrementos
que pasea por el páramo explicaciones idiotas
mientras masturba con paciencia de loco
la explicación increíble, la excusa radiante,
la basura escudada en la horripilante comodidad
de una carta, trágica, que le fue favorable. Que ese naipe que cae
ante la menor débil brisa sepa del suelo donde se pudre
todo, donde todo encuentra finalmente su tibia sepultura.
Esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos,
merece en su inconciencia la otra furia del valor,
la cara verdadera, la astuta magia, el delicado ademán
que la aparte del almuerzo servido sobre un mármol de lápida.
Y si insistes, oh vida, en mostrarme tu semblante más agrio,
que no se aparte de mí la fuerza, esa fuerza
tan inentendible para los demás como lo es
quien ella es, la que me sienta a la mesa de mis enemigos.
Oh vida, dame la chance de tu casino inundado de sol.

LA NADADORA

la mujer que amo
desnuda en el agua
parece vestida
y es como una larva
la bella forajida
se le escapa al mundo
la mujer que amo
desnuda en el agua
va como un palito
cuál es la corriente
que la lleva dentro
cuando sale nadando
de su alma sola
la mujer que amo
desnuda en el agua
como en la deriva
de su pensamiento
no hace caso nunca
de lo que le escribo
otra pluma grande
le diluye el nombre

la mujer que amo
desnuda en el agua
en sí se sumerge
sin remordimientos
y allí abajo
es de fuego y de sangre
y de ahogo y de burbujas de agua
mientras se hunde entera
en sí misma siempre
ya no hay qué la agite
como cuando andaba
complicando la Tierra
bracea en el olvido
son sus muslos fuertes
splash desesperado
lo que mastica mi boca
abierta tapa del fondo
y hay en su mirada
un mirar ausente
la mujer que amo
desnuda en el agua
se ha desvanecido
sola entra a su alma
se abraza a sí misma
y no tiene centro.

ELLA DE MI IMAGINACION

mi mirada mirada en tu mirada
era devuelta mar vuelta palabra

tú eras astarté por esas horas
y te veía la gracia que no ves
por la belleza genuina que tenías
y la segunda que tú tienes y no es

tú fuiste en mi cielo el que olvidaste
como las muy cantadas de las fábulas pasadas
quedaron / olvidaron / bien paradas
nada de nada en la nada confinaron

lágrimas / no harán tu trono
olvido / no va en tu auxilio
cenizas / no estás ni en parte

lejos alguien que cose
piensa estas cosas / anuda y calla /
bosteza / olvida / duerme

pero en la frente la luna
que yo vi lleva invertida

Este libro se publicó por primera vez
el 2 de noviembre de 2005.

Biblioteca de *La Sombra*.
La Sombra del Membrillo. 2005.
www.lasombradelmembrillo.com